



MESSI
ES UN PERRO
Y OTROS CUENTOS

HERNÁN
CASCIARI

«Cada vez que subo las escaleras del Camp Nou y de pronto veo el fulgor del pasto iluminado, en ese momento que siempre nos recuerda a la infancia, digo lo mismo para mis adentros: hay que tener mucha suerte para que te guste mucho un deporte y te toque ser contemporáneo de su mejor versión. Tengo nostalgia del presente cada vez que juega Messi. Soy hincha fanático de este lugar en el mundo y de este tiempo histórico».

Los dieciocho relatos que componen este libro fueron escritos entre los mundiales de Sudáfrica 2010 y Brasil 2014. No todos tienen que ver con el fútbol, pero los atraviesa una sensación alarmante: la felicidad es tan efímera y vergonzosa como el festejo del delantero que grita el gol sin saber que, a sus espaldas, el juez de línea ha levantado el banderín.

Messi es un perro y otros cuentos es el cuarto libro de relatos de Hernán Casciari, escrito con los borradores a la vista del lector.

Índice de contenido

Nota del autor

Prólogo

Competencia oficial

Messi es un perro

10.6 segundos

La trampa de McCracken

Diario íntimo del Mundial

Escupir el asado

Competencia personal

La revancha

El segundo cajón

La batalla del movimiento

Un belga en casa

Nuestros dominios

La estrategia del banderín

Papelitos

Fuera de competencia

Los jefes, los empleados

Una alarma inesperada

Protocolo en el subsuelo

Algo para recordar

Basdala

Gaussian blur

Sobre el autor

La mayoría de estas historias, antes de ser escritas, fueron soportadas oralmente por mi primo William, de gran paciencia.

A él dedico este libro.

Nota del autor

Escribí los relatos que componen este libro entre 2010 y 2014, mientras dirigía la revista Orsai. Nueve de ellos aparecieron allí; los otros solo en el blog. En todos los casos, preferí mantener las referencias temporales.

H.C.

Prólogo

En la solapa izquierda de este libro dice que nací en Mercedes en 1971, pero todo lo que sigue es relativo o fragmentario. Nadie es como informa su biografía. En realidad, nadie es de una manera única o lineal. ¿Quién soy realmente? Pero sobre todo, ¿quién debería explicarlo?

Las biografías estándares dicen qué libros escribimos, qué premios ganamos y otro montón de luces de colores; pero nunca explican a quiénes hicimos daño o qué piensan de nosotros los que nos desprecian. Si en lugar de personas fuésemos gobiernos, nuestras biografías serían un medio oficialista vergonzoso. Una mirada obsecuente sobre nuestra propia gestión.

Esto ocurre porque, en general, a las biografías las redactamos nosotros mismos en tercera persona del singular —*nació, estudió, obtuvo*— y le hacemos creer al lector que fue redactada por otro, por un escribano neutral de bigote sardina.

Pero no; son nuestros dedos los que teclean, en noches que después nos van a hacer poner colorados. Y a veces es todavía peor, porque dejamos que la redacte el departamento de *marketing* de la editorial que nos publica.

En la solapa de mis primeros libros, cuando los editaba *Mondadori*, decía: «Hernán Casciari es el escritor virtual más leído en lengua española». Tardé mucho en sentir vergüenza por ese engaño. Al principio los dejé mentir y hasta me sentí orgulloso de la frase, incluso sabiendo que no existe ninguna estadística seria que lo certifique.

Ahora por suerte esos libros están descatalogados, y las reediciones de mis novelas y cuentos en *Editorial Orsai* no llevan esa línea curricular patética (El primer volumen de

cuentos sí, y no me lo perdono.) Dos por tres recuerdo que hay gente que tiene libros míos en sus bibliotecas con esa frase en la solapa, y siento vergüenza en retrospectiva.

Además, ¿qué significa eso de escritor *virtual* más leído? Suena bastante a premio consuelo. La editorial quería venderme de un modo importante, sospecho ahora, pero yo no tenía mayores méritos, y entonces debieron agregar la variable *online* que les mejoraba el recuento de votos.

Esta triquiñuela semántica me hace acordar a una costumbre de Chichita, mi madre, cuando yo era chico. A ella le encantaba contar frente a los demás mis hazañas, pero como yo no tenía muchas virtudes debía maquillarlas un poco.

Una tarde, frente a un montón de parientes, Chichita dijo: «Y un aplauso para Hernán, que en los exámenes de matemáticas de todo cuarto grado quedó ubicado como el segundo mejor varón».

Yo había quedado undécimo, después de nueve chicas y Walter Fedullo, pero ella se las había arreglado para mejorarla la biografía. Por suerte mi papá (que además de sensato fue un gran humorista) dijo enseguida: «Y no solo fue el segundo mejor varón, también fue el primer mejor gordo».

Para el prólogo de este libro decidí recopilar diferentes versiones biográficas, y no solo la estándar que el lector puede ver en la solapa. Ese será mi humilde intento de ser neutral.

Elegí a tres personas de mi entorno para que ofrezcan ópticas diferentes de mi currículum.

1. Una madre. Chichita escribió hace años un comentario en mi blog, a raíz de mi cumpleaños número cuarenta; ese texto me pareció adecuado como biografía a favor.
2. Un amigo. Llamo al frente a Chiri, que en 2008 ayudó a presentar mi segundo libro en un teatro de Buenos Aires. Un fragmento de su coloquio servirá como biografía oficialista.
3. Un abuelo. En este caso, el materno. Un hombre al

que decepcioné de principio a fin. Este último texto es el único falso (es decir, lo escribí yo mismo en ausencia del protagonista, que está muerto). Pero juro que lo hice con las palabras exactas que él usaba en vida para describirme. Los dejo con estos tres mosaicos de mi rompecabezas personal.

Biografía según una madre

Hernán Casciari, también llamado «mi gordo», nació un 16 de marzo de 1971, que era lunes. Habíamos pasado un hermoso domingo de marzo en la quinta de mis suegros. Estábamos todos en familia y entre amigos, esperando la llegada del primer hijo, el primer nieto, el primer sobrino. Él parecía estar muy cómodo donde estaba, porque no quería salir.

Aumenté veinte kilos durante todo mi embarazo. ¡Una barbaridad! Mi médico, el doctor Rebagliati, me había dicho que podía haber un error en la fecha. De todos modos, si para el 16 no pasaba nada, me inducirían el parto.

Nuestro amigo Peti, que estaba con nosotros en la quinta, me llevó en su Citroën amarillo a buscar una pelota para jugar en la quinta. Cuando pasábamos por las vías lo hizo a mucha velocidad. «Vas a ver como así vas a tenerlo», me dijo.

Y tuvo razón. A las seis de la tarde empecé con dolores muy fuertes, y así estuve hasta la una de la mañana. Me internaron y decidieron hacerme cesárea, porque el bebé estaba atravesado, y así siguió toda la vida.

«Nació un varón —dijo el doctor Russi—, y qué grande es: cuatro kilos setecientos». Ninguna de la ropita que pacientemente le había tejido le entró. Las abuelas tuvieron que salir corriendo a comprarle ropa. Extasiada por todo lo que pasé, yo solo quería dormir. Pero el doctor Russi me di-

jo: «No, el hijo debe estar con la mamá», y me pusieron al lechón sobre el pecho.

Lloraba tan fuerte que parecía un bebé de cinco meses. Roberto y yo estábamos felices: había nacido por fin nuestro primer hijo, el 16 de marzo a la una y cincuenta de la mañana; lo llamaríamos Hernán. Casualidad o no, un 16 de marzo de cuatro años antes Roberto me había declarado su amor por carta.

A partir de ese día supe que ya nunca más descansaría de noche como lo hacía antes. Y supe también que el gordito era único. Todo lo que me hizo sufrir después, lo curaba una sonrisa suya. Así fue antes y también así es ahora, porque imagino su sonrisa y se me borran todos los dolores.

Biografía según un amigo

Hernán Casciari nace en Mercedes, en 1971, pero yo lo veo por primera vez en 1977. Tengo siete años, a lo mejor ya cumplí los ocho. Vuelvo en bicicleta de la casa de mi abuela por la calle Treinta y Cinco y hay un grupo de chicos, en silencio, que escucha una melodía triste y dulzona. La melodía brota de un pequeño acordeón a piano. El que está detrás del instrumento es un gordito engominado para atrás, que gesticula emocionado mientras avanza la melodía y sus manos acarician el teclado. Me alejo del lugar un poco triste porque quiero quedarme con esos chicos; pero no los conozco.

Si lo pienso un poco, no es raro que el primer recuerdo que tenga de él sea ese. Hernán en el centro de la escena, cautivando a sus amiguitos. Siempre fue igual.

Ya en la primaria las maestras elegían sus redacciones para leer en voz alta, y nosotros esperábamos ese momento porque nos divertía. Una vez en quinto grado la señorita Nélida nos pidió que completáramos una historia a partir

de esta consigna: «los exploradores apartaron las ramas, y detrás apareció la ciudad perdida».

Toda la clase continuó con la historia de los exploradores. Hernán se quedó en las ramas, contando cómo dos hormiguitas cayeron al vacío a causa del manotazo de un explorador. En ningún momento mencionó la ciudad perdida. Las únicas protagonistas del cuento fueron esas dos hormigas.

Hernán era un nene que escribía de verdad, como los escritores de los cuentos que a mí me gustaban. Podría profundizar en otras cuestiones, pero no quiero ponerme sentimental. Sí quiero dejar en claro que quienes lo conocemos de chico siempre supimos de algún modo que, tarde o temprano, iba a ser escritor. Era inevitable.

Biografía según un abuelo

Mi primer nieto no nació en San Isidro, como le pedí a la madre, sino a cien kilómetros de mi casa; esto explica en parte que haya salido tan pelotudo. No sirvió de mucho el amor que le brindé mientras crecía. Fue el primero de mis nietos; le saqué miles de fotos en la infancia y deposité en él mis ilusiones de abuelo. Pero algo fallaba en su personalidad.

Le dije varias veces a la madre que ese chico iba a necesitar las riendas cortas, pero en su casa nadie se las puso. Ni mi hija, por demasiado compasiva, ni mucho menos mi yerno Roberto, un buen muchacho pero incapaz de pegar un golpe sobre la mesa.

Por culpa de esta educación informal, que muchos creen que es *moderna*, a Chichita los dos hijos les salieron torcidos: el varón un drogadicto, un roñoso, un bufón de circo, y la más chica se tuvo que casar embarazada muy joven. Yo estuve a punto de no ir a ese casamiento; me dolía en el alma que mi nieta arruinara su futuro.

Pero fui, porque algunas cosas en la vida hay que hacerlas. Y en ese salón de fiestas vi la decadencia de mi nieto mayor. Él tenía entonces más de veinte años, estaba gordo, con un traje prestado que le quedaba corto de mangas, en una mesa con otros impresentables. Había un amigo suyo con el que era carne y uña —se llama Chupi, o Chipi— y este amigo le tiraba aceitunas de una punta a la otra de la mesa. Mi nieto las cazaba al vuelo, con la boca abierta.

Se me encogió el corazón de tristeza al verlo, pero sobreviví un tiempo a esa noche. Supe algunos otros dislates sobre su vida: que escribía o quería ser escritor, que se escapaba por las madrugadas de los departamentos donde vivía para no pagar el alquiler, que fumaba y no creía en Dios, que a veces no tenía domicilio fijo, que apostaba.

Su madre jamás me informaba estas cosas, yo las sabía porque paraba la oreja en las conversaciones; Chichita se cuidaba mucho de contarme lo malo, únicamente me informaba sobre algún logro literario del hijo.

Tampoco creo que eso fuese cierto: yo leí algunos cuentos de mi nieto, en una breve época que vivió en mi casa, y me decepcionaron muy mucho. Escribía groserías, había temas sexuales y casi ningún valor ético a resaltar.

Puedo hablar sobre él solo hasta el momento de mi muerte, a finales del siglo pasado. Desconozco qué habrá hecho después. Solamente sé que no estuvo en mi entierro y que la última vez que pensé en él, antes de morir, vino a mi memoria aquella escena del casamiento: a mi nieto, a Hernán, alguien le tiraba aceitunas verdes como en un circo, y él las atrapaba en el aire, haciendo un sonido gutural con la boca. Cada vez que tragaba una, los otros drogadictos de la mesa le aplaudían la gracia.

Eso es todo lo que puedo decir sobre él.

Que Dios lo ayude.

Competencia oficial

Messi es un perro

La respuesta rápida es por mi hija, por mi esposa, porque tengo una familia catalana. Pero si me preguntan en serio por qué sigo acá, en Barcelona, en estas épocas horribles y aburridas, es porque estoy a cuarenta minutos en tren del mejor fútbol de la historia. Quiero decir: si mi esposa y mi hija decidieran irse a vivir a Argentina ahora mismo, yo me divorciaría y me quedaría acá por lo menos hasta la final de la Champions. Y es que nunca se vio algo parecido adentro de una cancha de fútbol, en ninguna época, y es muy posible que no ocurra más.

Es verdad, estoy escribiendo en caliente. Redacto esto la misma semana en que Messi hizo tres para Argentina, cinco para el Barça en Champions y dos para el Barça en Liga. Diez goles en tres partidos de tres competiciones diferentes.

La prensa catalana no habla de otra cosa. Durante un rato, la crisis económica no es el tema de inicio en los noticieros. Internet explota. Y en medio de todo esto a mí me acaba de pasar por la cabeza una teoría extraña, muy difícil de explicar. Justamente por eso intentaré escribirla, a ver si termino de darle vuelo.

Todo empezó esta mañana: estoy mirando sin parar goles de Messi en Youtube, lo hago con culpa porque estoy en mitad del cierre de la revista número seis. No debería estar haciendo esto.

De casualidad hago clic en una compilación de fragmentos que no había visto antes. Pienso que es un video más de miles, pero enseguida veo que no. No son goles de

Messi, ni sus mejores jugadas, ni sus asistencias. Es un compilado extraño: el video muestra cientos de imágenes —de dos a tres segundos cada una— en las que Messi recibe faltas muy fuertes y no se cae.

No se tira ni se queja. No busca con astucia el tiro libre directo ni el penal. En cada fotograma, él sigue con los ojos en la pelota mientras encuentra equilibrio. Hace esfuerzos inhumanos para que aquello que le hicieron no sea falta, ni sea tampoco amarilla para el defensor contrario.

Son muchísimos pedacitos de patadas feroces, de obstrucciones, de pisotones y trampas, de zancadillas y agarrones traicioneros; nunca las había visto a todas juntas. Él va con la pelota y recibe un guadañazo en la tibia, pero sigue. Le pegan en los talones: trastabilla y sigue. Lo agarran de la camiseta: se revuelve, zafa, y sigue.

Me quedé, de repente, atónito, porque algo me resultaba familiar en esas imágenes. Puse cada fragmento en cámara lenta y entendí que los ojos de Messi están siempre concentrados en la pelota, pero no en el fútbol ni en el contexto.

El fútbol actual tiene una reglamentación muy clara por la que, muchas veces, caer al suelo es asegurar un penal, o conseguir que se amoneste al zaguero contrario es propicio para futuros contragolpes. En estos fragmentos, Messi parece no entender nada sobre el fútbol ni sobre la oportunidad.

Se lo ve como en trance, hipnotizado; solamente desea la pelota dentro del arco contrario, no le importa el deporte ni el resultado ni la legislación. Hay que mirarle bien los ojos para comprender esto: los pone estrábicos, como si le costara leer un subtítulo; enfoca el balón y no lo pierde de vista ni aunque lo apuñalen.

¿Dónde había visto yo esa mirada antes? ¿En quién? Me resultaba conocido ese gesto de introspección desmedida. Dejé el video en pausa. Hice *zoom* en sus ojos. Y entonces